

Los Amores de Oliverio

I

Oliverio tenía veinte años. La poesía de la juventud había sido para él una enfermedad envenenada por su primer amor y desarrollada más tarde al estado crónico. Su padre, hombre rígido y positivo, quería que Oliverio siguiera la carrera del comercio, y á este fin costeábale un profesor de contabilidad.

Este profesor era un anciano cuya vida había sido durante largos años la de los jugadores y perdidos; el fisonomista más torpe habría leído en su rostro los rasgos característicos del hombre de malas inclinaciones. A los cuarenta y cinco años, M. Duchampy, que así se llamaba, casó con una joven por él seducida. En la época en que Oliverio fué á tomar lecciones á su casa, M. Duchampy estaba ya casado desde hacía algunos años: su esposa era excesivamente joven y una mujer de raza delicada y enfermiza, de esas en las que los poetas de la escuela tísica buscan su ideal. La señora Du-

champany poseía todas las gracias lánguidas y atrayentes de esos temperamentos, hipócritas á veces, y que, bajo una apariencia de debilidad, esconden grandes reservas de ardorosa fuerza. Sus ojos, de un azul indefinido, se encendían á veces en un destello fugaz, á cuyo reflejo su rostro, ordinariamente pálido, se animaba y sonrojaba á la vez.

Pero esto solo sucedía en raras ocasiones, eran accidentes pasajeros, erupciones de vida, resultado acaso de un fondo de juventud y de pasión comprimida. Sin mover precisamente á la compasión, su sonrisa excitaba al interés y parecía mostrar confusamente una vida de sufrimientos ignorados, cuya confidencia, hecha con su voz lenta y suave, debía ser escuchada por un joven propenso á la elegía. Mad. Duchampy solía acompañar á su marido á la habitación donde Oliverio aprendía sus lecciones. Trabajaba alguna labor de tapicería, ó cuidaba á una niñita de dos años, que en los trapos de su madre parecía la florecilla triste del árbol enfermo.

Mientras el profesor se distraía con los otros alumnos, Oliverio separaba los ojos de sus libretas negras de números y miraba á Mad. Duchampy, quien se las arreglaba de manera que siempre la sorprendía éste en alguna posición de coquetería maternal.

Al cabo de algún tiempo sucedió lo que era de esperar: Oliverio no aprendió nada de teneduría, pero en cambio se enamoró

perdidamente de la mujer del maestro. Una tarde, hallándose Mad. Duchampy á solas con Oliverio, se enredaron de confidencias. Era poco después de la muerte de su hija; Oliverio dando libertad á su pasión se arrojó á los pies de la joven y dejó caer sobre sus manos esas lágrimas calientes y sinceras que brotan de los corazones sencillos. Fué elocuente, como todos los que no tienen experiencia.

Expresó la verdadera pasión con acento de sincera nobleza, frases que ella escuchó con el interés de una confesión mucho tiempo esperada. Desde aquel día, Madame Duchampy se llamó María para Oliverio.

A pesar de que hacía todo lo posible para no progresar demasiado en las matemáticas, al objeto de reservar un pretexto para entrar en la casa, á los seis meses de lecciones sabía Oliverio lo suficiente para entrar en cualquier casa de comercio. Su profesor se lo manifestó así un día, y después añadió:

—Espero que esto no sea causa para que deje usted de venir; venga usted cuando quiera, aquí le queremos mucho.

Oliverio se atrevió á visitarles todos los días.

Al profesor no le preocupaba en modo alguno esta asiduidad. Sabía perfectamente la causa; y sabía también á qué atenerse sobre las relaciones de su mujer con el joven; estaba tranquilo acerca de la inocencia de

aquella pasión que vivía en el azul más puro del platonismo. Un día, M. Duchampy sorprendió una carta que el poeta escribía á María. La epístola, que el mismo púdico José hubiese firmado sin resistencia, comenzaba así: «¡Hermana mía!» M. Duchampy prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Y usted—preguntó á su mujer—le llama también hermano mío? Sería muy curioso. ¿Pero ignoráis que llamándoos así, con esos nombres fraternales, sembráis semilla de incesto en el campo del adulterio?

—Oliverio es un niño—dijo María.—Lo que siente por mí es amistad y yo le tengo compasión. Os puedo asegurar que no hay nada de particular en esto. Sin embargo, si usted lo desea, le despediré.

—No, por cierto—replicó el marido.—¡A no ser que os fastidie demasiado con su amor azul celeste! «Quédeselo usted, lo mismo me da.»

En el fondo, M. Duchampy era muy indiferente. Solo quería á su mujer como un ser dócil y silencioso, sobre el que podía libremente desahogarse sus cóleras cuando había perdido al juego. Por otra parte, la asiduidad de Oliverio le servía de pretexto para escaparse de su casa y correr juergas vergonzosas.

Los amores de María y de Oliverio vivieron dieciocho meses, durante los cuales no se separaron ni un instante del más puro sentimentalismo. Después de ese tiempo,

sucesivas pérdidas en el juego enredaron á M. Duchampy en cuestiones algo más sucias, complicadas con falsificaciones, por las que se vió obligado á emigrar á Inglaterra, para evitar que se le persiguiera. Su mujer quedóse en París sin recursos. Oliverio, que hasta entonces solo había estado con María de la mañana á la noche, se quedó una vez de la noche á la mañana: era una noche de invierno, de esas noches largas, interminables, tan rudas para los pobres y tan cortas y dulces para los enamorados. Pero el despertar de aquella noche fué terrible; se hacía saber á Mad. Duchampy que sería perseguida como cómplice de su marido, afiliado á una sociedad de individuos sospechosos.

Al ver amenazada la libertad de su querida y sin reflexionar que podía comprometerse sustrayéndola á las persecuciones de que era objeto, Oliverio quiso salvar á María. Como no podía llevársela á casa de su padre, con quien él vivía, pensó en uno de sus íntimos, pintor, que además de su taller poseía habitación en un barrio no lejano. Urbano accedió á dejar su habitación á Oliverio, quien escondió allí á su querida.

El pintor pasaba algunas veces la velada con los dos jóvenes. Después de muchas visitas, vino un día mientras Oliverio estaba fuera, y pasó largo rato con María; volvió de nuevo al día siguiente y al otro y al otro. Al tercer día, al regresar á casa por la noche, Oliverio no encontró á nadie en la habita-

ción: María había desaparecido, dejando para Oliverio una carta muy lacónica.

En ella le decía que, avisada de que había sido descubierto su escondrijo, se veía precisada á buscar otra habitación, guareciéndose en casa de unos parientes. Oliverio ignoraba que María tuviese parientes. Aconsejábale, además, que no comprometiese su seguridad procurando verla, y le citaba para dentro de ocho días, por la noche, en la plaza de San Sulpicio.

Oliverio se apresuró á buscar á Urbano para enterarle de lo que le ocurría.

El pintor le recibió visiblemente turbado.

—Fuí esta tarde á mi cuarto á recoger unas cosas que necesitaba—dijo Urbano—y encontré á María apuradísima. Acababa y recibí el aviso de que te habla en su carta, y ahogando sus lágrimas se ha marchado al momento. La he acompañado—añadió torpemente.

—En este caso, ¿sabes tú dónde está?—dijo Oliverio.

—Lo sé—repuso el pintor,—pero este secreto no me pertenece y no puedo indicártelo. Bástete saber que María se halla en sitio seguro, y comprende que durante algún tiempo precisa que tú, á quien acaso vigila la justicia, ceses de ver á María. Por lo demás—añadió Urbano,—sabes que soy tu amigo y daré á tu querida todos los recados que me encargues para ella.

Oliverio no sospechó nada. El día que le

había indicado María acudió por la tarde á la plaza de San Sulpicio. Era ya la hora fijada y la joven no aparecía. Cuando empezaba á impacientarse, se apercibió de que llegaba Urbano.

—María está enferma y no puede acudir esta noche—dijo el pintor.

—¡Enferma!—contestó Oliverio pálido de ar gustia.—¡Llévame, por Dios, á su lado!

—No—repuso Urbano,—me lo ha prohibido.

—Oliverio miró á su amigo, quien á su pesar bajó los ojos avergonzado.

—Quiero ver á María, ¿me oyes bien?—dijo Oliverio.—Quiero verla en seguida, ahora mismo. Arréglate como puedas para que venga, y si no yo iré á encontrarla; escoge, pero pronto, es preciso que la vea.

—Bien está—repuso Urbano, que parecía intranquilo.—Iré á decir á María, enferma, consumida por la fiebre, que salte de la cama para salir á la calle con este tiempo tan crudo; le diré que, aun cuando sea arrastrándose por el suelo, que es preciso que venga.

—¿Por qué no quieres que vaya yo?—dijo suavemente Oliverio.

—Porque no puede recibirte en la casa donde está, que no es la suya.

—¡Pero á tí te recibe!

—Yo no soy su amante, solo soy su amigo y el tuyo; el lazo que os une ahora, no soy más que eso. ¿Qué decides?... Mañana, pasado... dentro de algunos días, María po-

drá salir sin peligro alguno para su salud ni para su libertad. ¿Por qué no esperas?

—No espero ni un instante más—dijo Oliverio.—Ve por María.

—Conforme—repuso Urbano—iré.

Una idea terrible asaltó la mente del poeta. «¡María está en casa de Urbano!»—gritóle un instinto profético—y se precipitó en seguimiento del pintor, le alcanzó, y, sin ser visto, le vió entrar en su casa. Oliverio se escondió en un ángulo obscuro de la calle para sorprender á Urbano en el momento en que saliera.—Transcurridos pocos instantes, Urbano salió de la casa donde tenía el taller. No iba solo, álguien le acompañaba; era un joven.

Oliverio respiró con más libertad, pero su agitación no había cesado.

¿Por qué razón, Urbano, que le había dejado para ir á buscar á María, volvía con un joven y no con ella?

Y mientras dirígíase estas y otras preguntas, se encaminaba precipitadamente á la plaza de San Sulpicio, por un trayecto más corto que el que seguía el pintor. Llegó, pues, momentos antes que éste al sitio donde debía esperarle.

—¿Y María?—gritó Oliverio al ver á Urbano, que avanzaba por la plaza—¿dónde está María?

—Aquí estoy—contestó una voz, la del compañero de Urbano, que no era otro que María disfrazada de hombre.

—¡Ah!—exclamó el poeta gozoso de emoción.—¡Eras tú!..

La aparición de su querida, la súbita revelación de la traición de Urbano, le habían herido en el corazón. Tambaleóse como un hombre que recibe una herida mortal, y á no haberse apoyado en un árbol hubiese caído á tierra.

—¡Desgraciado!—dijo María, precipitándose hacia Oliverio.

—Ea, vamos—replicó Urbano visiblemente contrariado.—No es esta la mejor ocasión para representar dramas en medio de la calle. ¿Por qué habéis venido? Dejarme solo con Oliverio, á quien daré mis explicaciones. Delante de usted es imposible... Vamos, vuelva usted á casa.

Nunca habían asustado á María las violentas cóleras de su marido tanto como aquella acción brutal. La cruel actitud de Urbano la acogió con resistencia, y bajando su imperiosa mirada se doblgó como un sauce á la fuerza del huracán. Después de una corta vacilación, se retiró lentamente dejando á Oliverio y á Urbano en la plaza solitaria y desierta á aquellas horas.

El aire fresco despejó á Oliverio de su desvanecimiento. Después, mirando á su alrededor:

—¿Dónde está María?—preguntó:

—María ha vuelto á su casa, que es la mía—contestóle secamente Urbano.

—A su casa... á la tuya...—murmuró en-

tre dientes Oliverio.—¿Es, pues, su casa, la tuya?...

—Pues bien, ¡sí; lo es, puesto que vivimos juntos! ¿Tienes algo más que decirme?

Oliverio pareció esforzarse por buscar una contestación, pero su pensamiento estaba asfixiado por el dolor, y sus palabras, ahogadas por el llanto, no llegaban á sus labios.

—¿Qué decides ante esto?—murmuró el pintor.—Preferiría que nos diésemos de bofetones, mejor que mirar tus lágrimas. ¿A qué viene ese llanto? ¡Que vaya el llanto al diablo! De lo que sucede ahora, tanta culpa tiene María como yo. Además, lo hecho es irremediable—dijo sacudiendo á Oliverio.—Háblame, acúsame... Me defenderé si puedo... María es mi querida, sí, lo es, ¿y qué? ¿No lo ha sido tuya también?

Oliverio no escuchaba; sentía en su derredor un ruido de campanas que le zumbaban en la cabeza y repetían todas el mismo nombre: María... María...

Su boca se contraía horriblemente y parecía sufrir como si hubiera mascado amargosa retama. Era una especie de apoplejía de desesperación.

—¡Pero dime algo!—gritó Urbano.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Oliverio arrodillándose ante el pintor.

—¡Llévame á ver á María, te lo suplico!—y volvió á quedar insensible á todo.

—Nada—dijo Urbano,—eso es imposible. Pasaba un coche. Urbano llamó al coche-

ro, le pagó por adelantado, le dió la dirección de Oliverio, que lloraba con un niño, y le hizo subir al carruaje.

—¿Está enfermo el señor?—dijo el cochero.

—Está bebido—contestó el pintor.

—¡Oh, sí! ¡y saca el líquido por los ojos! A mí no me entenece el vino.—¡Arre, caballó!—añadió el cochero soltando un latigazo á su jamelgo.

II

Durante el trayecto, Oliverio fué recobrando gradualmente su serenidad. Al llegar á su casa corrió á saludar á su padre, que le recibió muy mal. Luego subió á su cuarto. No pensó siquiera en cerrar la ventana, por donde entraba un aire vivísimo, cuyos besos, que podían ser caricias mortales, resbalaban sobre su frente húmeda por un sudor copioso. Y á solas con sus dolores se sentó al lado de una mesa, apoyando la cabeza en las manos.

—¿Han visto ustedes hacer en un hospital la amputación de alguna extremidad? Se tiende al enfermo sobre una mesa cubierta de tela blanca; alrededor se colocan el cirujano y sus alumnos, quienes al sacar sus estuches hacen sonar el arsenal de los instrumentos de cirugía. Al oír este ruido siniestro, el paciente vuelve la cabeza horrorizado, como el ciervo que oye el ladrido de los perros que se disponen á despedazarle. En

el dintel de la sala, los otros enfermos vienen á ver cómo se hace. El cirujano se escoge las mangas hasta los hombros, escoge un lindo instrumento con mango de marfil ó de nacar, y si es diestro, corta la epidermis al primer golpe. Un rocío encarnado mancha la sábana; la operación está empezada. El paciente grita, pero no es nada todavía. He ahí todos los bisturís, los cuchillos y los escalpelos, todo el puñado de hierro y acero que se precipita sobre su carne y le abre una brecha sangrienta, para que pase la sierra que ha de cortar el hueso. El operador sigue su trabajo, y si es día de clínica, procura lucirse como un músico que hace primores en un concierto á su beneficio. El paciente grita más fuerte, la sierra empieza á cortar el hueso. Entre tanto, y preparando vendas y fajas para secar la sangre, los alumnos rién y hablan de la actriz de moda y de la obra silbada. Sin embargo, el paciente dá un grito supremo: la sierra ha dado el último golpe, y el miembro, separado del tronco, cae en un mar de sangre:

El operador seca sus instrumentos, se lava las manos, baja las mangas de su vestido, y dice al enfermo:

—Adiós, amigo mío. No tendrá usted más gota en esa pierna; ó bien, no tendrá más sabañones en esa mano—si fué un brazo el objeto de la operación,—pues tiene una broma especial adecuada para toda clase de operaciones.

En cuanto al enfermo, le llevan á su cama y allí sana ó muere. Pero en este caso tiene la seguridad de que la pierna ó el brazo que le amputaron no volverá á crecerle, y no tendrá que sufrir otra vez el martirio de otra operación.

Más si en lugar de un miembro se trata de un sentimiento, de una pasión, de una amistad rota, de un amor engañado; si es, sobre todo, la primera de nuestras ilusiones la que se trata de amputar, á fe mía que es mucho más horrible. Por lo demás, no queda todo acabado y la operación no tiene el resultado brutal del acero del cirujano, que corta y separa para siempre. A esa amistad rota, sucedera una nueva amistad; á ese amor engañado, un amor nuevo, que á su vez borre las huellas del dolor. Y de nuevo vendrá la experiencia á decirnos: Te había avisado: ¿porqué no estás todavía curado? y volverá á empezar sus terribles operaciones; pero apenas se halla marchado llegará detrás de ella la esperanza, esa eterna perseguidora que rasga el aparato puesto por la experiencia y destruye su obra, y siempre así, hasta el fin de la vida.

Hay naturalezas que no sobreviven á la pérdida de su primera ilusión: son naturalezas tristemente privilegiadas. Hay otras en las que la esperanza perpetúa el dolor.

Oliverio tenía veinte años. Su primer amor y su amistad primera yacían ajados sobre el campo de la juventud. Más pronto,

más tarde, ¡qué importa! su hora había llegado. Siguiendo el destino iba á tenderse sobre el potro del tormento en que, sufriendo su primer arañazo y recibiendo su primera lección, la experiencia le mutilaría con todos sus escalpelos y todos sus cuchillos.

En aquel mismo momento, en un cuarto vecino al suyo, una compañía de jóvenes de ambos sexos, bebiendo á grandes sorbos el vino del placer, cantaban esa canción conocida:

*«¡Qué bien se está en un granero
á los veinte años!»*

¡Mentira enorme, que parece ser escrita por algún propietario para hacer reclamo á sus sotabancos! ¡Triste paradoja, que muestra los codos como un vestido usado! ¡Pésimo verso entre los versos de aquel poeta que, por haber gastado demasiados laureles cuando estaba vivo, quizá no tendría ahora los necesarios para indicar su tumba!

Más de la mitad de la noche Oliverio permaneció inmóvil, crucificándose en la cruz de sus recuerdos y bebiendo el dolor á borbotones.

Semejantes á los cuervos que devoran los cadáveres, los pensamientos siniestros revoloteaban alrededor de su desesperación, inspirándole odio á la vida y amor al odio. Su cerebro fuertemente saquidido, batía bajo su cráneo como el badajo de una cam-

pana: ¡era el toque de difuntos por la próxima muerte de su juventud!

Continuaban cantando en la habitación contigua, y cada verso de la alegres canciones se hundía como una flecha de acero en el moribundo corazón de Oliverio.

Por fin, saliendo de aquella silenciosa inmovilidad, acabó la noche escribiendo.

Escribió dos cartas muy largas, una dirigida á María y otra á Urbano. Cuando las hubo acabado reunió en un paquete todos los objetos que su querida le había entregado *en los tiempos antiguos*. Cerró el paquete, repitiendo una estrofa de uno de los poemas más tristes de Alfred de Musset.

Buscando cartas de otros tiempos..., etc.

A la mañana siguiente, la criada subió á limpiar la habitación.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó Oliverio.

—Ha salido para todo el día,—contestó la sirvienta.

Oliverio aprovechó esta ausencia para mandar á la criada á casa del farmacéutico con una receta que él mismo había hecho. Le encargó también que echara al correo las dos cartas para Urbano y María.

—Señor—dijo la criada al entregarle medio frasco de jarabe de adormideras,—tena usted cuidado: el farmacéutico me ha

recomendado que le dijese á usted que no beba esto más que á cucharadas, cada dos horas. Parece que es un veneno. Es para hacer dormir, ¿no es cierto?

—Sí—dijo Oliverio,—para hacer dormir, y despidió á la sirvienta.

En menos de una hora se había bebido todo el jarabe de adormideras.

III

Hacía ya dos días que el padre de Oliverio no le había visto. Algo intranquilo, subió al cuarto en busca de su hijo.

No encontrando, como de costumbre, la llave en la parte exterior de la puerta, golpeó violentamente y llamó en voz alta. Nadie contestaba. Este silencio obstinado aumentó su intranquilidad y casi se asustó. Fué á buscar quien le acompañara á subir al cuarto de su hijo, llegado al cual procedieron á derribar la puerta, que cedió violentamente. Oliverio se despertó con todo este ruido: había dormido treinta horas. La enorme dosis de soporífico que se había tomado, mortal para una naturaleza menos robusta que la suya, no le había matado, y la primera palabra que asomó á sus labios, al despertar, fué el nombre de María.

Al apercebirse de que estaba allí su padre, Oliverio probó á levantarse de la cama

en que yacía tendido sin desnudarse, pero no pudo dar un paso.

Su cabeza era de plomo y tenía un infierno en el estómago.

—¿Qué tienes?—le preguntó su padre cuando estuvieron solos.

—Tengo dolor de cabeza,—dijo Oliverio. Y al ver el frasco de jarabe, murmuró:—¡No habría bastante!—;Habría, por el contrario, demasiado, y esto le habrá salvado!

Su padre entonces, al apercebir el frasco, comprendió su tentativa de suicidio.

Iba á empezar un interrogatorio, cuando escuchó pasos por el corredor. Oliverio se estremeció, reconociendo los pasos que se acercaban.

—Padre mío,—dijo—déjeme usted solo con la persona que entrará.

—Pero estás sufriendo—replicó su padre;—precisa mandar venir á un médico.

—No,—dijo aquel vivamente.—No tema usted. ha dado el tiro en el blanco. Además que sé que la persona que llega me trae el mejor de los contravenenos.—Se lo suplico, déjeme usted solo... luego, más tarde, hablaremos... diré á usted todo lo que quiera...

Entonces llamaron á la puerta.

—Adelante—dijo Oliverio.—La puerta se abrió.

Entró Urbano. El padre los dejó solos.

—¿Y María?—exclamó Oliverio—intentando incorporarse.

—¿Y tú?—repuso Urbano.

PERSONAL DE NUEVO LEÓN
 1911
 1913
 MEXICO

—No me hables de mí—replicó el poeta;—háblame de María. ¿Le has entregado mi carta?

Mira—añadió enseñándole el frasco de jarabe,—no mentía, ¿sabes?... he bebido... sí, pero no había bastante. Luego repitió otra vez: ¿Qué ha dicho María?

—María no ha recibido tu carta; pero en el momento en que tú le escribías, *nos* escribía también; cuando tú intentabas morir, ella intentaba también suicidarse, y, lo propio que tú, no ha muerto —añadió Urbano con vehemencia.

—¡Oh!—dijo Oliverio en un instante de gozo agoista—María ha querido morir porque veía que yo estaba muerto... ¡Luego me amaba!

En este caso... tú has mentado.—¡Oh! ¡María! ¡pobre María mía! ¡La perdono! La abrazaré todavía, volveré á verla, la veré! ¿Has observado, Urbano, has observado con qué dulzura dice ciertas palabras! *amigo mio*, por ejemplo... y ¿sabes?... Poca cosa son estas dos palabras, y, sin embargo, *amigo mio*, ¿sabes?... ¡qué dulce encanto el de la voz querida! ¡María, pobre María.

—Ya te he dicho—respondió tranquilamente Urbano—que María no ha recibido tu carta.

—¿Pero por qué no se las has entregado?

—Porque no la he vuelto á ver desde que te dejé, anteanoche, en la plaza de San Sulpicio.

—¿Cómo es esto?—preguntó Oliverio.—¿Qué, no ha vuelto á tu casa?

—Sí volvió—dijo Urbano.—Había alquilado un cuarto amueblado en el mismo piso donde yo tengo mi taller, y allí vivía.

—¿Sola?

—Sí, sola—prosiguió Urbano.—Allí fueron á detenerla en el momento en que regresaba luego de habernos dejado á los dos en la plaza de San Sulpicio. Ya te dije, Oliverio, que una salida suya era peligrosa. A pesar de la precaución que tomé de vestirla de hombre, la reconocieron, sin duda, los agentes que la vigilaban. En fin, que á mi regreso encontré la habitación vacía, y sobre la mesa esta carta, que le permitieron escribir antes de llevársela. Aquí la tengo.

Y Urbano mostró á Oliverio la carta, que decía:

«Don Urbano: doy á usted las gracias por sus bondades para conmigo: su amabilidad ha prolongado mis horas de libertad: En el momento en que le escribo, acaban de arrestarme por orden del juez de instrucción. Aseguro á usted que no sé de que pueden acusarme, ignoraba absolutamente los asuntos de mi marido. Pero, suceda lo que suceda, he tomado mil precauciones para no ser llevada ante la justicia. Con el temor á ser detenida, tarde ó temprano, tenía en el bolsillo un frasquito de aquel líquido azulado que usted emplea para grabar...

—Acido sulfúrico—dijo Urbano.—Afortunadamente estaba pasado...

Oliverio prosiguió leyendo:

«Beberé este veneno y todo habrá terminado. No he tenido tiempo de amaros, porque no lo he tenido aún para olvidar á Oliverio...»

Al llegar aquí, había algunas palabras borradas con tinta, y no con lápiz, como estaba escrita la carta. Esta supresión la había hecho Urbano; pero no impidió á Oliverio descifrar lo suprimido, y continuó:

«Sea usted bueno y entregue mis cabellos, que me corté para disfrazarme de hombre, á quien he amado mucho tiempo.—María.»

Sorprendióse mucho Urbano al ver que su amigo leía casi sin vacilar estas últimas líneas, á pesar de las rayas de tinta que las cubrían.

—¿Por qué has borrado esto?—preguntó Oliverio.

—¡Oh!—dijo Urbano muy turbado—quería guardar la cabellera de María; pero, en fin, te la entregaré.

—Oye—dijo Oliverio—dame esta carta y serán para tí la mitad de los cabellos.

—Sí—dijo Urbano—pero no he terminado mi relato: y al día siguiente fuí corriendo al palacio de justicia, donde tengo algún conocido; allí me dijeron que María, efectivamente, había intentado suicidarse. Pero ya te dije antes que el ácido sulfúrico habíase

disipado y el efecto sería el de un vaso de agua sucia... Ahora necesito que nos separemos; después de lo sucedido acaban aquí nuestras amistades; he amado á María, bien á pesar mío, y por una querida de ocho días me resigno á perder un amigo de toda mi vida. ¡Soy muy desgraciado!

—¿Por qué no hemos de ser amigos?—dijo Oliverio con melancólica sonrisa.

Y, alargando la mano á Urbano, añadió:

—Precisa que nos veamos... ¡á quién más que á tí puedo hablar de *ella*!

Cuando Urbano salió del cuarto se encontró con el padre de Oliverio. Había escuchado todo escondido en un gabinete inmediato. Por adelantado sospechaba el buen hombre ya que la intenciona de suicidio de su hijo tenía origen en algún amorcillo contrariado. Pero al saber que la querida se hallaba detenida, temió que las relaciones de Oliverio con aquella mujer tuviesen consecuencias comprometedoras. Sin ningún género de preámbulos entró colérico en la habitación de su hijo, irritándose más aun ante la tranquilidad de Oliverio. No tenía compasión de su hijo, y mucho menos de la querida, á la que trataba de mujer perdida.

Sugestionado por aquella mujer que le había arrastrado á las puertas de la muerte, Oliverio no pudo contenerse ante los insultos de sus padre, y entre ambos se suscitó un diálogo de frases irrespetuosas y duras. Aquella escena duró dos horas, para acabar

con esta terrible acusación, que el hijo, perdiendo la cabeza, tiró á la cara de su padre:

—Usted ha sido el verdugo de mi madre, muerta lentamente bajo su cruel tiranía...

—¡Desgraciado!—gritó el padre levantando una mano que dejó caer en seguida.

—¡Si soy sacrílego, que Dios me castigue!—replicó Oliverio.

—¡Retira las horribles palabras que has pronunciado!

—Retire usted las injurias que ha dirigido á esa mujer desgraciada, quizá moribunda en estos instantes.

—¡Esa mujer miserable será tu perdición!

—Mi madre murió ahogada por el dolor—dijo Oliverio con siniestra mirada.—¡Una vez más, si he mentido, que me maldiga, y si he dicho la verdad, que me perdone!

El padre estaba loco de furor; y apercibiéndose el retrato de María, que hallábase sobre la chimenea, lo cogió, exclamando:

—¿Es, pues, ésta la mujer por quien me insultas, desgraciado? Y arrojándolo al suelo lo hizo trizas con los pies.

—¡Padre mío!—dijo Oliverio incorporándose y mostrándole la puerta—ni una palabra más... salga usted de aquí.

—¡Por qué no la tengo á ella misma, en vez del retrato!—siguió el padre mientras aplastaba los últimos fragmentos de la cartulina.

No había terminado estas palabras, cuando Oliverio saltó de su asiento con la faz

convulsa, la mirada extraviada y la voz temblando de cólera.

—¡Padre mío!—murmuró con palabras entrecortadas por el castañeteo de sus mandíbulas—¿ve usted este arma?—y señalaba un revólver que había colgado en la pared;—¿ve usted este arma?... ayer no me atreví á disparármela cuando quería morir; preferí el veneno, que no hace ruido...

—Bueno, ¿y qué?...—díjole friamente su padre, mientras recogía de la mesa los demás objetos de María.

—¿Qué más?—repuso Oliverio temblando y empuñando la pistola.—Si dice usted otra palabra sobre María, si toca usted á estos recuerdos que le han pertenecido, me levantaré la tapa de los sesos ahora mismo...; y los que le conocen, dirán: «Necesité veinte años para matar á la madre; pero ha matado al hijo de un solo golpe».

Su padre le miró un momento; y cogiendo rápidamente, entre los recuerdos, un ramito de flores secas, lo echó al suelo.

En el instante en que iba á pisarlo, Oliverio se aplicó la pistola á la frente y apretó el gatillo: se oyó el ruido seco que hizo éste al caer sobre la chimenea.

—¡Oh, desgracia!—gritó Oliverio cayendo sobre la cama con la cabeza entre las manos...—La muerte no quiere nada de mí...

En un registro que hizo su padre en el cuarto ocho días antes, había encontrado la pistola y la había descargado.

Oliverio quedóse solo. Cinco minutos después de abandonar la habitación, su padre le envió dinero y una carta.

La carta sólo decía: «Ahí tienes mil francos y vete mañana».

—Diga usted á mi padre que saldré esta misma noche—respondió Oliverio,—y vaya usted á buscarme un coche.

Metió de cualquier modo en un baúl sus vestidos y papeles; recogió todos los recuerdos de María, desparramados por el huracán de la cólera del padre, y los envolvió cuidadosamente.

Bajando muy lentamente la escalera, pues estaba débil y rendido por tantas emociones, encontró á su padre.

Parados frente á frente se dieron un adiós mudo, tan elocuentemente odioso que debió horrorizar al cielo.

—Vete...—dijo el padre.—Te abandono y te dejo en la miseria, corre á la desvergüenza.

—Aun salgo yo vivo de donde mi madre salió muerta—dijo Oliverio.—Adiós, padre mío, le dejo á usted con sus remordimientos.

El poeta subió al coche y se hizo llevar á casa de Urbano. Eran las once de la noche y el pintor trabajaba aún en su taller.

—¡Oliverio! ¿que sucede?—exclamó mirando á su antiguo amigo, al que seguía el cochero con el equipaje.

—Sucede—respondió éste cuando estu-

viéron solos—que mi padre me ha despedido, y que, por segunda vez, vengo á pedirte albergue.

Urbano no tenía ya aquella habitación cerca de su taller, que había antes prestado á su amigo para esconder á María. Al día siguiente del en que la querida del poeta lo fué suya, había dejado su antigua habitación y vendido los muebles.

—Pero, á propósito—dijo Oliverio—¿dónde duermes? No veo ninguna cama.

—Soy pobre—respondió Urbano, enseñando, detrás de una gran cortina que dividía el taller, un jergón de paja echado al suelo y cubierto con un girón de lana.—Me acuesto ahí encima—añadió—y ahí duermo.

—Tengo muebles en casa: si quieres los haré traer y viviremos juntos—dijo Oliverio.—Y si mi padre me los niega, compraremos al menos una cama: tengo mil francos.

—¿Para qué comprar cama, para volver á venderla antes de ocho días por la mitad de su precio?

¡Amigo mío! no te vistas de orgullo por un montón de escudos que tienes en tu poder... ¡Mil francos! mucho es, pero no es eterno, y tu pobre capital se fundirá muy deprisa, á pesar de que aquí no hace mucho calor,—añadió Urbano.—Por lo demás, tu dinero es tuyo; y si eres tan delicado que te asusta un jergón de paja, ahí está la habitación de en frente, el cuarto amueblado que habitó María: la cama es blanda, pero á

mí no me gustan las dulzuras, y sólo la alquillé por ella. Puedes tomarla, si quieres; todavía tengo la llave. Mañana te entenderás con el dueño, y en paz.

—Me la quedaré,—dijo Oliverio.—Ven á acompañarme.

Urbano le condujo á un cuartito bastante limpio, aunque algo desarreglado: todo estaba tal como lo dejó María.

—¡Buenas noches!—dijo Urbano, dejando solo á Oliverio.

Las miradas del joven se dirigieron rápidamente hacia la cama, en la que había dos almohadas. Sobre una de ellas veíase una gorrita de dormir, olvidada, sin duda, por su querida.

Sobre la otra, una especie de casquete, de forma llamada *griega*, que Oliverio había visto varias veces cubriendo á Urbano. Al ver esto recibió un golpe terrible en el corazón: su última duda acababa de desvanecerse.

Y cerró precipitadamente las cortinas para no verlo más.

IV

Cuanto más había deseado Oliverio vivir en aquel cuarto que habitó María tanto más deseó salir de él cuando, á la primera mirada, recordó la traición de su querida.

¿Pero á dónde ir á la una de la noche, en una madrugada de invierno? Por lo demás,

Oliverio se encontraba en un estado lamentable. El día horrible sufrido, después de la lucha atroz que sostuvo contra el veneno, había agotado todas sus fuerzas. Ardiendo en fiebre, que no le abandonaba, su sangre hervíale en el pecho é hinchaba tanto sus venas, que las de la frente se revelaban en líneas salientes y amoratadas.

En el fondo de su pecho, y nadando en un océano de lágrimas, su corazón, asesinado por el dolor, se estremecía pidiendo socorro.

Con la esperanza de aliviarse de sus dolores en la inercia del sueño, que al fin y al cabo es un gran paliativo al espíritu, se dejó caer en una silla después de haber apagado la luz. Pero el sueño no llegaba. Las tinieblas llamadas por Oliverio empezaron á centellear; por más que se ponía las manos sobre los ojos y entornaba sus párpados, veía como en pleno día. Las cortinas de la cama, que él había cerrado, se entreabrieron por sí solas, y, sobre las dos almohadas, veía dos cabezas, las dos jóvenes, hermosas, risueñas, ambas con las miradas húmedas, deslumbradas, y los labios unidos por un beso continuo; eran las cabezas de Urbano y María.

Oliverio se arrastró hasta la chimenea y volvió á encender luz. La claridad borraba los fantasmas que él buscaba sentado en el lecho; pero detrás de las cortinas de la cama, que, sin embargo, estaban bien ce-

rradas, oyó dos voces que hablaban, dos voces jóvenes, embriagadas, murmurando el eterno diálogo que repiten los enamorados en sus locas saturnales, y cuya menor palabra es una melodía, aun en las lenguas más bárbaras. Los ecos de la habitación repetían sucesivamente esos extraños murmullos que son la llave de la felicidad. Aquellas dos voces grandes eran las voces de María y Urbano.

Creo que hay un refrán que compara el mal del amor con el mal de muelas. Es quizá vulgar la comparación, pero es justa, cuando menos por muchos conceptos.

Ese sufrimiento agudo, que las buenas gentes llaman *penas del corazón*, obra sobre la parte moral del individuo con una violencia insoportable, como la afección á la que se le compara obra sobre la parte física. Ambos males, tan diferentes y, sin embargo, tan parecidos, hunden al individuo en las brazas de un infierno que enrojece los labios, profiriendo blasfemias que forman el repertorio de los condenados.

Rueda uno por el suelo con contorsiones dolorosas, dá con la frente en los ángulos de las paredes, y si uno y otro de estos dolores no tienen sus intermitencias y se prolongan demasiado, conducen al fin á la locura.

Lo que justifica también la comparación entre estos dos dolores de naturaleza distinta, es el interés indiferente, los consuelos

que demandan y recogen los que de ellos se ven atacados. Todos se interesarán mucho por un hombre atacado de pulmonía, ó que haya tenido la desgracia de perder á su padre ó á su madre. Pero si ha perdido á su querida ó si tiene dolor de muelas, se encogerán de hombros, diciendo:

—Bueno, ¿no es más que eso? No es para morirse.

Donde la comparación es ya imposible es en la aplicación del remedio. El dolor de muelas lleva á la víctima á casa del dentista; este, á veces, arranca la muela. Pero para el mal de amor no se ha inventado aún la cirugía moral para arrancar el dolor; y es una lástima, sería una industria de buen rendimiento, pues el que la ejerciera tendría por clientela á toda la humanidad.

Lo que mejor resultado ha producido hasta ahora para curar el amor, y eso se ha descubierto mucho antes que la homeopatía, es el mismo amor. También existe la poesía; pero en este caso el remedio es peor que la enfermedad, puesto que la poesía es una enfermedad hecha crónica, metida en el alma, que no se deja hasta la muerte.

Del mismo modo que se había tapado los ojos para no ver, Oliverio se cubrió los oídos para no escuchar. Pero percibía aún el sonido de las voces como si hablaran en su interior. Se revolcó por el suelo húmedo y frío mordiéndose los puños; la música de su suplicio no cesaba de rimar, cuyas síla-

bas le atravesaban el corazón como los dardos de un nido de serpientes. Golpeó las paredes con la frente, y la música de palabras seguía. Entonces se precipitó hacia la ventana, la abrió, y apoyó la cabeza en la nieve helada que cubría el borde. Bajo el peso de su frente la nieve se derritió humeando como el agua en que se introduce un hierro candente.

Aquello era para morir, y sin embargo, ese baño glacial tuvo por un momento un resultado saludable, determinó una reacción en la crisis de desesperación que acababa de sufrir. La alucinación cesó de repente, los fantasmas se desvanecieron, los ruidos de las voces se apagaron. Estaba sólo, en el aislamiento de la noche, apoyado en la ventana y mirando á su alrededor la ciudad silenciosa y adormecida bajo la nieve, que seguía cayendo lenta y blanda como rocío de plumas blancas. Ningún ruido alteraba la tranquilidad de la noche, ni el paso amortiguado de algún transeunte, ni el ladrido lejano de algún perro errante, indefinidamente repetido por ecos plañideros; el vuelo de las brisas paralizado por el frío no atormentaba las veletas de los tejados cubiertos de un manto de armiño, y ni una luz brillaba en las rejas de las casas. Después de haber contemplado un rato aquel solemne reposo de todo lo que le rodeaba, Oliverio cerró su ventana, en cuyos cristales el agua condensada había trazado raras y caprichosas figuras.

—Todo duerme—i murmuró con el mismo acento de envidia con que Macbetz exclama: «He perdido el sueño, mi dulce bálsamo!»

Luego salió de su cuarto sin hacer ruido, y pegando el rostro á la puerta del taller de Urbano, escuchó atentamente; poco á poco fué percibiendo el rumor de una respiración lenta y regular: Urbano dormía sobre el jergón.

—Duerme—dijo Oliverio con irónica sonrisa. — ¡Duerme, y dice que te ha amado! ¡Oh, María!

De nuevo volvió á su cuarto; ¡estaba tan rendido! Le dolía tanto la cabeza y le ardía tanto la frente, que otra vez acarició la esperanza de dormir un poco. Después de apagar la luz entreabrió las cortinas de la cama y se dejó caer vestido.

Pero á los dos minutos un vago perfume empezó á trastornarle y sintió que su corazón, tranquilo desde hacía algunos instantes, volvía á temblar. Era el perfume de los cabellos de María, de cuyo aroma habían quedado saturadas las almohadas del lecho en que durmió su querida.

V

—No puedo permanecer aquí— se dijo Oliverio.
Y saltando de la cama se envolvió en una